

3. LA LITERATURA COMO PEDAGOGÍA DE LA CONSTRUCCIÓN DE LO HUMANO

Cuentan historiadores antiguos que en el momento en el que se desplomaba en pedazos el que años antes fuera el gran Imperio de Bizancio; en el día mismo en el que caía con grande estrépito en manos de los turcos la bella y culta Constantinopla, aquel aciago 29 de mayo de 1453 sorprendió a los más insignes filósofos y a los teólogos más eminentes de la ciudad, trenzados en una feroz y erudita disputa acerca de cuál era el sexo de los ángeles y en la elucidación del espinoso problema metafísico según el cual en la filosofía de Aristóteles y en la doctrina de los Santos Padres deberían encontrarse los basamentos teóricos para a saber a ciencia cierta cuántos espíritus celestiales podrían caber en la cabeza de un alfiler.

Guardo la esperanza de que el recuerdo de esta vieja y conocida anécdota --la que, a fuerza de delirante, pareciera tener visos de inverosimilitud-- tenga la fuerza suficiente para ponernos a pensar acerca de lo que bien podría estar a punto de ocurrirnos a algunos profesores, a ciertos intelectuales y a no pocos académicos en este momento crucial de nuestra historia nacional.

Sabemos de la extrema gravedad de nuestros problemas. Casi todos estamos avisados de que, de seguir como vamos, caeremos más temprano que tarde al fondo del abismo. Para nadie es un secreto que el país se nos está desintegrando en nuestras propias manos. No en vano Colombia exhibe en estos tiempos aciagos y tristísimos los más aberrantes índices de inequidad social de toda su historia,

abominables e insostenibles niveles de corrupción pública y privada y uno de los prontuarios de violencia más espeluznantes y siniestros del planeta.

Un país que cada cinco años expulsa desde la pobreza hacia la indigencia a más de un millón de colombianos, que pone por año cerca de veintiocho mil muertes violentas, que muestra sin rubor un guarismo de secuestrados que ya casi alcanza la pavorosa cifra de los tres mil ciudadanos, y que, bajo el vórtice siniestro de esta guerra insensata, está en capacidad de desplazar desde sus lugares de origen a millones de compatriotas de todas las edades, sexo y condición social, sencillamente no es, no puede ser un país decente, una nación viable.

Cuando observa uno las estadísticas más actualizadas sobre alfabetismo en Colombia, puede darse cuenta de que, hoy por hoy, gran número de compatriotas han pasado, mal que bien, sus buenos años en los bancos de la escuela, en las aulas de algún colegio y hasta en los salones de la universidad. Aunque, desde luego, falta aún mucho por hacer en este terreno, hace tiempo quedaron atrás aquellas cifras vergonzosas que daban cuenta de que sólo una minoría de colombianos podían tener acceso a la educación formal. Diría algo más preocupante: a partir de los años sesenta y a esta fecha, un número cada vez más creciente de ciudadanos de nuestro país ha llegado a las aulas universitarias y ha culminado, de una u otra manera, estudios que los habilita para el ejercicio de una profesión. Y no pocos hoy tienen en su haber, y muy bien enmarcados en suntuosas filigranas barrocas, deslumbrantes cartones de licenciados, diplomados, tecnólogos, especialistas, magísteres y hasta doctores.

Si ello es así, ¿de dónde ha salido tanto corrupto letrado, tanto ladrón de cuello blanco, tanto matón ilustrado, tanto tramposo con diploma universitario? ¿Será que ni la familia ni la escuela colombianas nos han podido dar las herramientas para formar ciudadanos con un elemental sentido de la justicia social, de la equidad distributiva, de la solidaridad humana, de la honestidad, de la transparencia, del valor civil; con un concepto medianamente claro de lo que significa el respeto y la buena administración del bien común como prerrequisito esencial para la supervivencia civilizada de nuestra nación, el cual no es cosa diferente de aquello que aglutina a los pueblos y naciones alrededor de lo que Rousseau llamaba “*el contrato social*”, quiero decir, las reglas del juego que se establecen en cualquier país civilizado para la administración correcta y adecuada de la cosa pública, de la *res pública*? ¿Cuál el origen de tan marcado individualismo, de tan aberrante propensión a privilegiar los intereses privados sobre los que representan el patrimonio común, de tan flagrante ineptitud a la hora de pensar y de construir entre todos un gran proyecto nacional que nos de razón de ser como pueblo y sentido definitivo como nación?

Al ver tanto matón a sueldo o sin él, al comprobar tanto irrespeto por parte de no pocos de nuestros compatriotas a los derechos más fundamentales del ser humano, se pregunta uno: ¿Qué huella de humanidad dejó en ellos su paso por la escuela, y, a través de ella, su contacto con la literatura, cuya función primordial --tantas veces lo hemos repetido-- es la de humanizar? Porque debemos sospechar que muchos de ellos debieron leer de la mano de su maestro, y quién sabe si hasta condolerse, la

desgracia de los tiernos amantes de Verona. O tuvieron la oportunidad, alguna vez, de asomarse a las complejísimas almas de Lear, Othello, Macbeth, Julio César, don Quijote, Celestina, Don Juan, Segismundo, Tristán e Isolda, Julien Sorel, o de algunos de los personajes más inquietantes de Dostoievsky. Y sospechamos que, más que reír, hasta se asombraron, eso pudo ser posible, con las tortuosas andanzas de Pablos de Segovia y con las desastrosas consecuencias individuales y sociales que se derivan de adoptar un estilo de vida igual o parecido al de los pícaros españoles. También, ello es verosímil, pudo habérseles helado la sangre al considerar la siniestra catadura asesina de Pascual Duarte, de Pablo Castel y de otros matones famosos de la literatura. O, cómo saberlo, si se llenarían de estupor al considerar los abismos de violencia a los que, como en la obra de Fernando de Rojas, puede llegar el ser humano arrastrado por la ambición al dinero, o movido por la ira o por el desenfreno de las pasiones humanas. O, cómo averiguarlo, si experimentarían alguna vez, quizás hasta estremecerse, el infierno de la explotación del hombre por el hombre en las páginas de *La Vorágine*, o se asomarían, qué tal que sí, al enigma psicológico, al inquietante escenario ético y social que es posible advertir en algunas novelas de Tolstoi o de Balzac.

Y, ¿Qué dejó en ellos tan iluminada experiencia? ¿Debemos pensar que, después de todas esas lecturas y análisis, los maestros de literatura, tal vez, no tuvimos la sabiduría suficiente para despertar y acrecentar en ellos su sensibilidad, hasta hacer de la pedagogía de la literatura uno de los caminos más eficaces y expeditos para ayudar a construir individuos menos turbios y brutales, menos egoístas y tramposos, menos

desalmados e hipócritas, menos desbaratados por dentro? ¿Los volvió más humanos, mejores personas, el acto de leer y analizar juiciosamente tantas obras literarias? Me atrevo a decir que, en muchísimos casos, eso nunca sucedió.

Hace ya sus buenos años --ya no recuerdo cuantos, tal vez quince o veinte--, un conocido joven bogotano de apellidos Soto Prieto, esquilmo el patrimonio común de todos los colombianos en la escalofriante cuantía de algo así como once millones y medio de dólares, haciendo uso de su impecable manejo del inglés y de sus asombrosos y muy sofisticados conocimientos en informática, adquiridos, con toda probabilidad, en algún prestigioso colegio o quién sabe en cuál universidad de nuestro país y, muy seguramente, bajo la guía magistral de expertos profesores de esas disciplinas. Suponemos que ese joven, que ese “*brillante*” profesional, al menos durante su bachillerato, tuvo contacto con obras de la literatura. Pero, finalmente, al terminar sus estudios, ¿qué hizo con todo ese acervo de conocimientos, incluyendo los literarios, los cuales --al menos así lo asumimos de manera teórica-- deben contribuir a la formación integral de la persona humana, a la construcción de un ciudadano confiable sin el cual es imposible tejer la delicada trama social, política, humana, cultural y espiritual de nuestra nación? Ya lo sabemos: utilizó su dominio del inglés y sus excepcionales destrezas en informática, no para ayudar a edificar nuestra nacionalidad en beneficio del bien común, sino para transferir ese dinero de la manera más sucia y dolosa desde una cuenta del Ministerio de Defensa a la suya personal, radicada en el exterior.

Pero, lo grave, lo verdaderamente alarmante, es que el caso de Soto Prieto no es uno aislado, ni mucho menos tipifica la anomalía de una aberrante excepción. Por el contrario, pareciera que entre nosotros el caso de ese ingenioso ladrón ilustrado fuera lo normal. Antes que él, junto con él y después de él hay escrita en nuestra vergonzosa historia nacional de la infamia una lista inacabable de latrocinios, desfalcos y corruptelas, de entre la que podemos entresacar al azar la historia de los robos a Foncolpuertos, a Ferrovías, al Instituto de Seguros Sociales, a la Caja Nacional de Previsión, a Caprecom, a Dragacol, a las universidades públicas y privadas, a las empresas de servicios públicos, a las arcas del Congreso. Se han robado y se siguen robando sin compasión ni respiro los presupuestos de los ministerios, de las gobernaciones y de los municipios a lo largo y ancho de toda la nación; los bancos privados y los del estado, las cooperativas, y un larguísimo etc., etc., etc. Y, ¿cuánto suma todo ese continuado y colosal desfalco? Billones, muchos billones de pesos. Según las cifras oficiales más conservadoras, cada año se roban los corruptos colombianos el equivalente al recaudo de toda una reforma tributaria.

En un país en donde, al contrario de lo que sucede en otras latitudes, la presencia de la corrupción ---que por lo demás se da en casi todos los países---no es la excepción sino la regla, algo muy grave debe estar pasando. En una nación en donde hay una marcada propensión a resolver nuestras diferencias y conflictos a puñaladas, dinamita o a balazos, algo muy grave debe estar ocurriendo. En un país donde los millones de indigentes y de pobres, los millones de desplazados, los miles de desaparecidos, los veinticinco mil muertos anuales de nuestra aberrante violencia y los casi tres mil

secuestrados no logran, ya que no conmovernos, al menos siquiera llamar nuestra atención, algo demasiado grave debe estar pasando. En países menos bárbaros que el nuestro la noticia de la desaparición de un niño, el asesinato de un líder de la comunidad, el caso de algún sonado robo a determinada dependencia del estado, o la presencia de un violador en serie logran sacudir a fondo la conciencia de sus ciudadanos hasta poner de pie a toda la nación.

No somos sensibles, pero sí sensibileros. ¿O cómo explicar que un país al cual, como ya lo hemos dicho, no logran ya conmover ni las peores masacres, ni los más horrendos crímenes de esta guerra despiadada y obscena, suspenda el aliento, pare su actividad laboral por un día completo, preste febril atención, desate un diluvio de lamentaciones y haga correr ríos caudalosos de lágrimas más dignas de cualquier culebrón de telenovela, todo porque nuestra televisión, con su increíble capacidad para el sensacionalismo, nos muestra paso a paso y desde de los ángulos más morbosos y amarillistas posibles, la tragedia, ciertamente lamentable, de un niño que por accidente cayó a través de un tubo al fondo de un pozo de veinte metros? Ni los torturados, ni los desaparecidos, ni los secuestrados, ni los desplazados, ni los millones de campesinos sin tierra, ni los indigentes, ni los muertos de la guerra, ni los civiles masacrados de la manera más cobarde y miserable a manos de todos los actores del conflicto sin excepción, fueron capaces de catapultar la inspiración del otrora famoso cantautor Fausto, el mismo que sí supo encontrar su estro poético, su inspiración musical en aquella deplorable desgracia particular, para condolerse y hacer llorar de la

manera más melodramática al país con la que fuera en su momento la muy comercial, la muy celebrada y, por supuesto, la muy vendida dulzarrona canción de “*Nicolacito*”.

En estos tiempos azarosos y llenos de incertidumbre que nos tocó vivir, parece que aspiráramos a salir del atolladero en el que nos hemos metido, a partir de una abierta o velada renuncia al humanismo, entendido éste como posibilidad de humanizarnos a través de las llamadas disciplinas letras humanas, entre las que está, por supuesto, la literatura. Como si las humanidades hubieran dejado de ser útiles en la educación y a la hora de repensar ese país diferente que hoy tanto echamos de menos y que casi todos deseamos.

Hemos llegado al olvido de las humanidades o a la tergiversación de su verdadero sentido de formación humana integral, a fuerza de convencernos de su supuesta inutilidad. Grave error. Lamentable equivocación. Y así, con su acta de defunción en las manos, hemos proscrito paulatina pero inexorablemente la formación humanística de nuestros colegios y universidades para dar paso a una especie de culto absurdo y delirante a la cultura de la confrontación, a la maquinaria de la guerra y a un supuesto desarrollo de la tecnología como taumaturgias salvadoras de nuestro desastre.

Y por esta vía cada quien muestra su fórmula: ¿Para qué filosofía —preguntará alguien— si lo que necesitamos es producir más y mejor? ¿A qué viene la literatura, si lo prioritario es calificar profesionales de carreras tecnológicas que solucionen el problema del desempleo? ¿De qué nos sirven los músicos y los poetas, los teatreros y

los pintores –interrogará algún burócrata del Ministerio de Hacienda o de Planeación Nacional—a la hora de sacar al país de la violencia, del atraso y de la pobreza?

Y el Estado, haciendo eco a estos cantos de sirena, se le apunta a la internacionalización indiscriminada de la economía, a la privatización de las empresas públicas, a la profundización de la guerra, pero en cambio no propone nada consistente en materia de política cultural o de educación. Lo que vemos en cambio, no sin alarma, es un mecenazgo inusitado del estado en favor de todo lo que signifique economía de mercado y tecnología, no importa si ello implica sitiar por hambre a las disciplinas humanísticas o estrangular el desarrollo de la vida cultural del país. Quieren algunos enterrar el humanismo a la hora de intentar reconstruir el deplorable rostro de la patria, para caer en el espejismo de la búsqueda de un crecimiento exclusivamente cuantitativo, y que por, sí solo, poco puede aportar a la tarea de hacer entre todos un país decente, habitable, próspero y en paz.

Se pregunta uno hoy a propósito de nuestra ya demasiado larga, cruel, sanguinaria y patética tragedia colombiana y desde la perspectiva de lo que en todo esto tiene que ver la educación, quiero decir, desde lo que en particular nos toca hacer como maestros en nuestro carácter de actores fundamentales en el proceso de construcción, crecimiento y consolidación de nuestra nacionalidad: ¿Qué hemos hecho mal para que estemos tan mal? O tal vez mejor: ¿Qué hemos dejado de hacer los que desde la familia –quienes son sin duda los primeros educadores--, o desde las aulas de las primeras letras, o desde la educación secundaria, o desde la cátedra universitaria

hemos tenido en nuestras manos la tarea absolutamente esencial, prioritaria e insoslayable de ayudar a formar a los ciudadanos con los cuales hubiera sido posible de manera razonable la edificación de eso que algunos sociólogos y estudiosos de la cultura llaman ahora nuestra *colombianidad*? ¿Por qué, y ustedes van a perdonarme la reiteración, no hemos sido capaces entre todos, incluyéndonos los maestros, de ayudar a concebir, gestar y hacer posible una patria justa, decente, libre, próspera, pacífica, respetable y autónoma?

Si, a pesar de la cantidad fabulosa de riquezas de las que en términos de recursos naturales y humanos hemos sido despojados sin tregua ni respiro desde que empezó la conquista hasta la fecha presente; si, aun haciendo abstracción de tan demencial saqueo de los bienes públicos seguimos siendo un país inmensamente rico en comparación con otros; y si a lo anterior añadimos que somos dueños de un enorme y bello territorio, dotado de todos los pisos térmicos y, como decían las cartillas con las que aprendimos a leer, “*bañado por las aguas de dos océanos*”, territorio que está muy lejos aún de estar superpoblado. Si a pesar de todas esas enormes ventajas naturales de las que no gozan otros países mejor constituidos y organizados que el nuestro, no cabemos todos los colombianos, --apenas cuarenta y seis millones--; si no somos capaces de vivir, ya que no con holgura, sí al menos con un elemental sentido de la dignidad humana y de la convivencia, es decir en paz, la mayoría de los que ostentamos ya sin mucho entusiasmo y con menos orgullo el título que Bolívar prefería para sí por encima del de libertador, quiero decir, el de ciudadanos colombianos,

nosotros, los maestros pongámonos en el plan de dar ejemplo en este necesario acto de descarnada interrogación..

Sí, nosotros los primeros, preguntémonos, de manera sincera, obsesiva y reiterada, una y otra vez, a ver si otros, desde su propio ámbito de acción, contagiados, tal vez, por nuestra angustia, terminan por preguntarse lo mismo con igual preocupación: ¿Qué nos ha pasado? ¿Qué nos está pasando? ¿Por dónde buscamos la salida?

Porque, no nos digamos mentiras, ni tranquilicemos nuestra conciencia, como el avestruz, enterrando la cabeza en la arena del señalamiento de los demás al tiempo que nos excluimos de manera hipócrita y mañosa como responsables. Todos llevamos velas en este entierro. Todos tenemos algún grado de responsabilidad en nuestra colectiva tragedia colombiana: unos en mayor proporción que otros, eso es cierto.

En este juicio de responsabilidades históricas nadie está lo suficientemente limpio como para que pueda tirar sin sonrojarse piedras a los demás. Por supuesto, y eso todos lo sabemos que, encabezando la lista de responsables mayores, estarán el estado y su clase política corrupta, vergonzosa y patéticamente inepta; la iglesia católica, en cuyas manos, nadie puede negarlo, ha reposado casi de manera absoluta y omnímoda la dirección y el monopolio de la educación colombiana durante quinientos años; los terratenientes, los industriales, los banqueros, las grandes multinacionales, los excluyentes grupos macroeconómicos quienes agencian el nefasto modelo neoliberal, los administradores de la cosa pública, los empleados al servicio del estado,

los trabajadores sindicalizados y los que no lo están, los violentos y matones de cualquier pelambre, ideología o color político, los intelectuales, los artistas y, por supuesto, también nosotros los maestros.

Si para hacer el ejercicio en lo que es competencia de nuestra responsabilidad histórica nos miramos en conjunto y a la cara como maestros y, salvando como es sensato hacerlo en estos casos, las excepciones de rigor, nos preguntamos ¿a qué nos hemos estado dedicando durante casi dos siglos de nuestra ya no tan joven historia republicana los maestros de escuela primaria, los profesores de física, los de química, los de matemáticas, los de inglés, los de filosofía, los de ciencias naturales, los de ciencias sociales, los de religión y ética, los de educación física, los de música y estética, --y esto va especialmente para nosotros—los que nos ocupamos de la enseñanza del español y la literatura? ¿Y qué hemos estado haciendo aquellos que desde la universidad nos hemos aplicado no sólo al estudio y enseñanza de las diversas disciplinas, sino a la formación de los que son o serán los maestros y profesores de las generaciones presentes y futuras?

Sin lugar a dudas, un gran número de nosotros hemos estado ocupados durante años y años, algunos durante toda una vida, en la tarea de enseñar. ¿Y qué hemos estado enseñando las más de las veces los maestros y profesores de español y literatura? Pues seguramente infinidad de cosas de gramática, de morfología, de sintaxis, de semántica, de teoría literaria y de la historia de las diferentes literaturas. Con seguridad hemos leído y hecho leer algunas obras literarias. Y luego sí, parapetados en tan

soberbio andamiaje intelectual, armamos nuestro discurso pedagógico: que el narrador testigo por aquí, que el monólogo interior por allá, que el resumen de la Iliada en tal parte, que el argumento de La Metamorfosis para mañana, que qué entiende Felipe Andrés por narratario, que cual es la lista de los personajes de Cien años de Soledad, que en qué año nació Cervantes, que si en la batalla de Lepanto el autor del Quijote se estropeó la mano izquierda o la derecha, que el tiempo psicológico en tal autor, que el manejo de los planos narrativos en La muerte de Artemio Cruz, que la estructura profunda de esta oración compuesta, que en cuántas peleas estuvo comprometido el gallo del Coronel, que apréndase la definición de neoclasicismo, que cómo se clasifica la literatura colombiana de la colonia, que el lenguaje de los infantes de Lara en el Mio Cid, y hasta verdaderas perlas de gracioso y muy sofisticado retorcimiento intelectual y que --dicho no sea de paso-- me recuerdan aquella anécdota con la cual empecé esta charla; perlas de clarísimo cuño bizantino y de inequívoco sabor constantinopolitano con las que nos entretenemos en un, a veces, estéril e inútil ejercicio de diletantismo intelectual, mientras el país se nos derrumba en mil pedazos.

Algunos de esos conocimientos, quién lo puede negar, son han sido y serán útiles para la formación de nuestros escolares, sólo que mirados como medios, nunca como fines, y siempre dentro de determinado contexto y propósitos de formación y de aprendizaje. Pero la mayor parte de esos datos eruditos, también hay que reconocerlo, resultan perfectamente inútiles en tanto, a fuerza de librescos y descontextualizados, no son ni pertinentes ni instrumentalmente necesarios a la hora de penetrar en la razón suprema de toda obra literaria que valga la pena: la búsqueda del ethos esencial de la creación y

del discurso literarios, quiero decir, el desentrañamiento a fondo, el desenmascaramiento implacable y radical de la condición humana, de su conducta, de sus extrañas, complejas y últimas motivaciones, de las consecuencias individuales y sociales de los actos humanos, con miras a la sensibilización de nuestra percepción del mundo, de la sociedad y de la cultura, y --me parece que este es el punto de llegada-- a la humanización de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de nuestras actitudes, de nuestro sistema de valores y, por supuesto, de nuestra propia conducta como individuos, como sociedad organizada alrededor de los valores esenciales de la nacionalidad y, ni más faltaba, como especie.

Desde hace años me asiste la sospecha y el temor de que un buen número de educadores colombianos, incluyéndonos no pocos de español y de literatura, nos hayamos divorciado en nuestra enseñanza, y de qué dramática manera, de la inteligencia y de la vida, porque, si nos fijamos bien, el común denominador de casi todo ese andamiaje erudito y puramente libresco de conocimientos literarios que solemos impartir en las aulas donde oficiamos como profesores tiene el grave problema de que, al enredarnos en su propio artificio de laberíntica especulación, nos hace perder de vista lo esencial de todo contacto vivo con la literatura: la oportunidad de volvernos más humanos, mejores personas.

Con más frecuencia de la que se cree, los maestros, incluyéndonos los de español, hemos soslayado y, aún desdeñado la necesidad de sumergirnos en las aguas vivas de nuestra literatura. Me parece que aún no hemos puesto a vibrar con suficiente fuerza

nuestra sensibilidad mediante el contacto con la de nuestros humanistas más preclaros. Y si en alguna medida lo hacemos, ha faltado, es posible, a nuestro desempeño pedagógico ese sutil pero efectivo toque humano que nos conduzca -- primero a nosotros, luego a nuestros estudiantes-- a conocer y a amar toda forma de vida, a respetar el derecho ajeno, incluyendo el de los animales, al tiempo que exigimos el respeto por el propio; a sentir compasión por el dolor o por la desgracia ajenas, no en el ya muy desfigurado sentido cristiano de caridad, que deviene hipócritamente en lástima, en oprobiosa limosna, sino en ese otro de auténtica solidaridad que, a mi manera de ver, se acerca mucho al bellísimo sentido budista de la compasión, entendida como esa singular capacidad de ponerse en los zapatos del otro, hasta sentir como nuestros la alegría y el dolor, el gozo y la tristeza, las carencias y los sueños de aquellos con quienes compartimos la singular pero apasionante aventura de vivir y de morir en esta tierra llena de fascinación y de misterios.

¿Que la tarea es difícil, el reto apabullante? ¿Que en medio de tanta calamidad, de tan abrumador cúmulo de problemas por resolver estamos apuntando demasiado alto?

Quisiera poner punto final a estas palabras, apropiándome de estas otras inolvidables de Serge Dubrowsky en referencia a la tarea del maestro de literatura: *“Apuntar alto es la única manera de apuntar y de acertar”*. Tan lúcida aseveración viene como anillo al dedo frente a esta otra no menos sabia de don Juan Matus, el indio yaqui, maestro de brujería y de hominidad de Carlos Castaneda: *“El empeño incancelable de ser más humanos, mejores personas, es la única tarea digna de todo nuestro esfuerzo”*.

